

¿Una desheredada del alfabeto español? (Acerca de la letra *h* en el español moderno)*

1. Las gramáticas y los lingüistas atienden principalmente a una característica negativa de la *h* en el castellano moderno; esta letra no tiene valor fonético¹. En uno de los últimos números de *us Boletín*, la Real Academia Española (RAE) recuerda explícitamente el principio².

2. A esta consideración básica se pueden añadir algunas observaciones de importancia secundaria:

a) Se desvía de la norma general una *h* aspirada que se conserva en Andalucía y Extremadura. Es un fenómeno puramente dialectal³. R. Lapesa precisa y completa estos datos: se da también la *h* aspirada en el dialecto leonés⁴, en el canario⁵ y en varias partes de América⁶.

De paso sea dicho que el más reciente comentario de la Academia al respecto es mucho más general que el de la última edición del Diccionario de la RAE. En el ya citado cuaderno del Tomo LXI del *Boletín* de la RAE leemos: «Suele aspirarse en la dicción de numerosas zonas españolas y americanas». Y a continuación: [«Se suprime lo que sigue»]⁷.

b) Para A. Bello la *h* adquiere también a veces algún valor fonético en función de un determinado contorno vocálico. Es el caso *i*/en interjecciones como *ah*, *oh*, *hé*, donde «pintamos con este

* Agradezco a mi colega E. de Bustos, de Salamanca, unas sugerencias aprovechadas en las notas 8 (*in fine*) y 19 (*in fine*).

¹ GLE (*Gramática de la lengua española de la Real Academia Española*), p. 475; *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*, (Real Academia Española), p. 254; A. Bello, *Gramática*, p. 16; T. Navarro Tomás, *Manual de pronunciación española*, pp. 81-82...

² Tomo LXI, Cuaderno CCXXIII, p. 173: «... en la lengua general no representa sonido alguno...».

³ GLE, p. 475.

⁴ LAPESA, *Historia de la lengua española*, pp. 478 y 487.

⁵ LAPESA, *Historia*, p. 519.

⁶ LAPESA, *Historia*, pp. 563 y 574. Véanse también las páginas 491, 506 y 563.

⁷ P. 173. Queda suprimida una observación acerca de la aspiración de la *h* en ciertas palabras: «Fuera de estas regiones se aspira también en muy pocas voces, como *holgorio*, y otras que el Diccionario indica» (DRAE, XIXª edición, p. 690). [Dicha indicación se hace mediante la frase «suele aspirarse la *h*»].

signo la aspiración o esfuerzo particular con que solemos pronunciar la vocal que le precede o sigue»⁸;

ii/delante del diptongo *ue*, y entonces «parece representar un verdadero sonido consonante, aunque tenuísimo, que se asemeja un poco al de la *g* en *gula*, *aguëro*»⁹.

Digno de interés es el comentario de Covarrubias: «Cerca de los latinos ay dos *ah et vah*, interjecciones, por estender el sonido de la *a*, y mostrar el afecto grande de la pasión. Ay algunos tan impetuosos y afectados en su lenguaje, que sin distinción aspiran los vocablos que empieçan en vocales, con que dan ocasión de risa; y assí Catulo haze burla de uno que tenía este vicio... Al contrario, los que son pusilánimes, descuydados y de pecho flaco suelen no pronunciar la *h* en las dicciones aspiradas como eno por heno y umo por humo, etc».¹⁰

c) Así mismo la GLE comenta la presencia de la *h* delante de *ue*, aunque con motivación distinta y sin mencionar unas posibles implicaciones fonéticas: el uso de la letra remonta a una ya antigua regla ortográfica cuya finalidad consistía en diferenciar claramente la *u* (=vocal) de la *y* (=consonante). Por eso, se escriben con *h* todas las palabras que empiezan con el diptongo *ue*¹¹.

d) La *h* se puede encontrar delante de todas las vocales, pero no precede nunca a una consonante¹².

e) En los textos antiguos la escritura solía omitir la *h* procedente del latín (→*aver*, *omne*, *ora*) o la empleaba a veces sin precedentes latinos [→*huviar* (<latín *obviare*)]. Hasta el *Tesoro* de Covarrubias (1611) no se intentaría restablecer la ortografía latina. Hoy día notamos todavía ciertas diferencias con el latín: o se ha dejado de escribir la *h*, como en *invierno* (<latín *hibernus*) o se ha añadido una *h*, como en *hallar* (<latín *afflare*), *henchir* (<latín *implere*) etc.¹³.

⁸ RAE, GLE, p. 16. Esta observación de Bello coincide parcialmente con la de Covarrubias que mencionamos a continuación: la *h* serviría para marcar el alargamiento vocálico de la interjección. Pero algo parecido ocurre también fuera de tal clase de palabras: la presencia de la *h* (antiguamente aspirada) ha impedido la fusión de dos vocales, como en *dehesa* (<*defensa*) y (<*behería* (<benefactoria). *Addendum*, la oposición en los arabismos *azaharāzar*.

⁹ GLE, pp. 16-17.

¹⁰ Covarrubias, p. 672.

¹¹ GLE, p. 476.

¹² GLE, p. 475. En español tampoco se encuentra tras consonante más que en el caso de *c + h*. Los demás grupos son barbarismos o préstamos hipercultos, que tienen su origen en las transcripciones latinas de formas aspiradas del griego: θ *th*; χ *ch*; ϕ *ph*.

¹³ RAE, *Esbozo*, pp. 127-128. Según el *Esbozo* el segundo fenómeno sería más frecuente que el primero.

Quizá el proceso es más complejo. La reaparición de la *h* se relaciona aparentemente con la relatinización de la grafía que se realiza en el barroco, es verdad con notables contradicciones (cf. al respecto R. Lapesa, *Historia*, p. 390: *Grupos cultos de consonantes*).

Un caso particular es el adverbio *ahora*, donde se ha suprimido la primera *h* del latín, manteniéndose la segunda (<*hac hora*). En cambio, se ha mantenido la *h* inicial latina en *hogaño* (<*hoc anno*).

3. Todo esto causa la impresión de que la letra *h*, que en castellano estándar ni siquiera parece poder aspirar a la categoría de *fonema*, merece poca atención.

En realidad comprobamos que —como otras letras de escasa consideración «oficial»¹⁴— la *h* puede desempeñar unos oficios específicos, a veces curiosos, en el plano estilístico y metalingüístico.

A. *Exotismo*

4. Como la *k*, la *h* parece poseer un poder evocador de elementos o ambientes exóticos. Ilustrativo es el siguiente contexto de F. Umbral, donde el efecto aludido se comenta a través de un factor negativo (es decir, el no-emprego de la letra en español) y se connota burlescamente por una inoperante motivación (basada en una ignorancia fingida) ya que el uso de *h* habría sido error de ortografía¹⁵. Además, el autor se pone a (seu-)teorizar sobre el tema:

— (...)¿Y por qué escribe usted todo el tiempo Tailandia sin hache, en esta crónica?

— Primero, porque no sé dónde se coloca la hache, y luego porque la hache de Tailandia es como una pagoda que le pone el exotismo a la palabra, y yo quiero privar a esa palabra de su exotismo, o sea desmitificarla (...) ¹⁶.

5. Por la intención de evocar (y criticar) un elemento no-hispánico se explica el empleo de la *h* en la insólita transcripción, de una pronunciación anglo-sajonizante, que hace S. de Madariaga del topónimo *Calatayud*, en un artículo donde el autor rompe una lanza por el mantenimiento de la autenticidad del castellano: *¿Vamos a Kahlahthyood?*¹⁷.

6. En el mismo orden de ideas se puede interpretar el nombre *Tho* (supuesto nombre asiático) que utiliza A. Bryce Echenique en una de sus

¹⁴ Un ejemplo aún más ilustrativo es la *k* (véase al respecto: J. De Bruyne, «La 'k' ¿Hija natural o 'enfant terrible' del alfabeto español?» (aparecerá en uno de los próximos números de la RFE).

¹⁵ Si en el DRAE no hay *verbum* «Tailandia», «tailandés» se define como «Natural de Tailandia» (p. 1237). El hecho de que el topónimo se escriba con *h* en otros idiomas (alemán, francés, inglés,...) puede haber influido en el efecto buscado por F. Umbral.

¹⁶ F. UMBRAL, «Los masajes», en *Heraldo de Aragón*, I. VII. 1977, p. 28.

¹⁷ En *Revista de Occidente*, marzo de 1966, pp. 365-373 (con una respuesta de Lapesa: «Kahlahthyood. Madariaga ha puesto el dedo en la llaga», pp. 373-380).

últimas novelas, en la secuencia «Leyenda del sabio Tho y del más joven de sus discípulos»¹⁸.

B. Aspectos lúdicos → juegos fónicos y fonosimbólicos, decires

7. Es interesante la siguiente desviación ortográfica metafórica, con un comentario pluri-alusivo, de C. J. Cela:

En la isla de Lanzarote tuve, hace años, una sensación análoga, cuando nos visitó... una nube de langosta que trajo el viento... desde el desierto de Saara (le quito la hache para evitar que el lector diga Sájara, que queda más bien ridículo y tecnocrático) (*Los sueños vanos, los ángeles curiosos*, 289).

Junto a la sorpresa «visual» que causa la ausencia de la *h* en la grafía *Saara*, se explicitan o insinúan una serie de factores en la frase entre paréntesis:

a) la existencia de una *h* aspirada;
b) la tendencia en el español actual al uso frecuente (y abusivo) de los esdrújulos¹⁹;

c) el autor se burla de dicha predilección y más precisamente de la formación artificial e indebida de voces esdrújulas [→Sahara (nótese al respecto que la GLE censura como «vicios de dicción» *epígrama*, *méndigo*, *telégrama*²⁰, etc...). Aunque no se trata de esdrújulo, se puede mencionar en la misma línea de falsos cultismos el adelantamiento del acento tónico en la producción *homilia* por *homilia*].

d) una alusión burlona a los tecnócratas (y al grupo ideológico-político con el que se suele asociar la palabra en España...);

e) cierta desconfianza irónica en cuanto a los conocimientos lingüísticos de sus lectores a quienes el académico parece sospechar de no saber que la presencia de una *h* escrita no habría cambiado en absoluto la acentuación paroxítona de la palabra.

8. F. Umbral explota ingeniosamente el pictograma de la letra y establece una triple relación (de tipo binario) —fonética, gráfica y semántica— con otros elementos del contexto (y que desemboca en la evocación de un contraste):

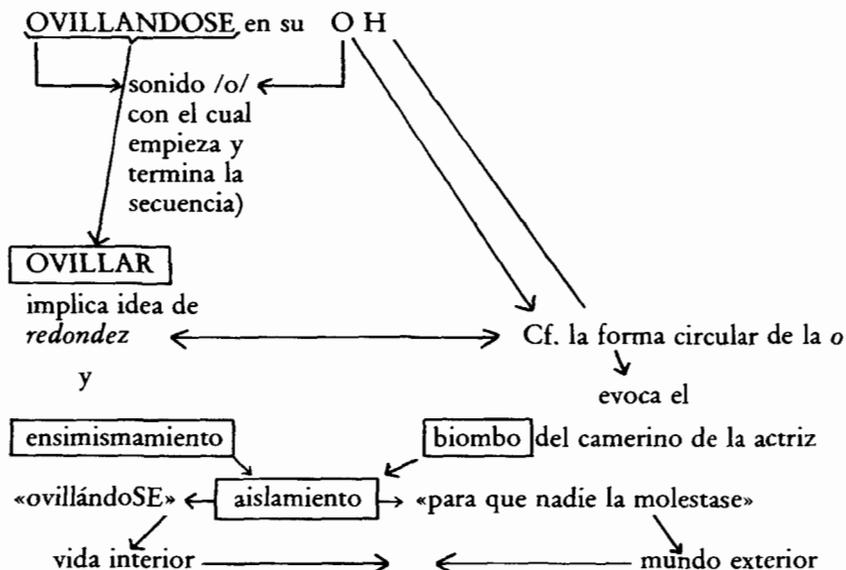
¹⁸ *Tantas veces Pedro*, p.161.

¹⁹ Véase E. LORENZO, *El español de hoy, lengua en ebullición*, pp. 198-200. Dicha tendencia se halla confirmada por un texto de F. Umbral (que hace hincapié en el carácter deslumbrador y en las cualidades enfáticas de los vocablos proparoxítonos) en *Las ninfas* (p.83) y un artículo de J. Carabias titulado *Esdrújulo*, en el cual se subraya la «elegancia y el aspecto culto» de los esdrújulos (en *Heraldo de Aragón*, I. IX. 1978, p. 22).

Según E. de Bustos algunos militares que han estado en África pronuncian efectivamente *Sájara*.

²⁰ (A pesar de los antecedentes esdrújulos de la palabra) - GLE, p. 437.

Ella es más natural, más suelta, más ligera. Oh. Terminaba, la gran diva, ovillándose en su oh, poniéndole a la o el biombo de la hache, para que nadie la molestase» (*Los helechos arborescentes*, 57).



9. Un evidente estado de ánimo juguetón habrá originado un decir como *Llámesese hache*, citado por J. M. Iribarren, con la significación de «lo mismo da, como usted quiera» (explicable por la ausencia o mejor dicho la desaparición del valor fónico de la letra)²¹.

10. Bajo la rúbrica *¿La hache, letra muy moderna?* el mismo autor cita un juego de palabras a base de la *h*. Un gobernador poco ducho en ortografía había enviado al ministro de la Gobernación este mensaje:

(...) *hayer* dominé la situación, que se presentó dificultosa; si *oy* se repitiera, que no lo espero, el motín quedaría sofocado en el acto.

El superior felicitó al funcionario, terminando su contestación jocosamente:

No quiero concluir sin darle un consejo que le será útil seguir: la hache es una letra muy moderna: no es de *ayer*, es de *hoy*²².

11. Otro decir, que no figura en Iribarren²³, es «por hache o por

²¹ J. M. IRIBARREN, *El porqué de los dichos*, p. 168. El dicho habría nacido a fines del siglo XVI, al perderse el valor fónico de la *h*.

²² Iribarren, p. 611.

be». Significa algo como «por cualquier cosa», «por una razón u otra», «por un motivo fútil». Los dos ejemplos que siguen figuran en libros que reproducen el habla coloquial de épocas modernas distintas:

a) ¡De manera que a ver si hay un poquito de formalidad, que ya llevan dos veces que se les llama la atención por hache o por be...! (R. Sanchez Ferlosio, *El Jarama*, 279).

b) Perdimos este asalto, pasota —dice el veterano José Salas (...)
—Lo perdimos, hermano. Por hache o por be me pasa lo mismo (A. Grosso, *Los invitados*, 182).

El profesor C. Hernandez, de la Universidad de Valladolid, señala posibles variantes como, por ejemplo, *por hache o por zeta*,... en las que según él siempre se mantiene como primer elemento la hache. Otro colega (F. Monge, de Zaragoza) confirma la existencia de variantes, incluso sin la presencia de la hache (por ejemplo: «por c o por b») ²⁴.

C. *Humor*

12. Así como la *k* la *b* se utiliza muchas veces en textos que quieren satirizar la ignorancia en materia de ortografía. En realidad la *b* ofrece más posibilidades en este campo, ya que la burla fundada en una ruptura ortográfica no sólo se puede basar en el empleo indebido sino también en la omisión de la letra. La leyenda de un chiste dibujado, titulado «sonrisa política», reza así:

Si ha dentro el senao no hubiera el Cela, la konstituzión tendría una mano de errores de forma (*Heraldo de Aragón*, 20. IX. 1978, pp. 28).

13. En la obra de E. Jardiel Poncela son frecuentes las referencias y alusiones a las dificultades ortográficas causadas por esta letra que no se pronuncia.

Conocida es la novela *Amor se escribe sin hache*, donde en las tres páginas finales se explica y justifica estrambóticamente el título llamativo, en un juego a la par absurdo y divertidísimo de ingeniosidades que pretende demostrar que todas las palabras españolas que designan conceptos importantes de verdad se escriben con hache ²⁵. [En la misma línea se si-

²³ En cambio, lo menciona V. León en su *Diccionario de 'argot' español*, con el sentido de «por un motivo u otro» (p. 81).

²⁴ En su diccionario bilingüe *Español-neerlandés* (p. 609), C.F.A. Van Dam cita la locución *de-cir haches o erres de una persona*, con connotación más bien negativa (Van Dam propone como traducción: «het een en ander op iemand aan te merken hebben», lo cual implica idea de crítica, censura).

²⁵ Así, *hombre* se escribe con *b*. En cambio, al misógino que era Jardiel le parecía normal que

túan la información burlesca de G. Cabrera Infante] sobre la llamada «Sociedad para Invalidar Rápidamente Ombres» —la SPIRO— y la correspondiente glosa insinuante según la que «su primera mutilación al ombre es la supresión ominosa de su hache» (G. Cabrera Infante, *O*, 75-76)].

14. Varias veces Jardiel inserta en su obra cartas de personas incultas. Una perla es el primer párrafo de un documento escrito por un tal Ceferino Mogaz donde, junto a otros disparates, alternan el uso incongruente y la omisión de la letra:

Me cerido hamigo: Su carta que e rrecibido en el momento enque estaba sakando hagua del del filtro del komedor de la fonda, me a producido gran contrariedad. La verdaz es que yo no hesperava porparte de Ustez un trato tan desconsiderao (...) (*Espérame en Siberia, vida mía*, en *Obras Completas*, IV, 247)²⁶.

15. Encontramos un típico ejemplo de la ironía a la vez tierna y poética de Miguel Delibes, donde al mismo tiempo se hace resaltar el estatus extra-ordinario de la *h*, en un libro reciente del maestro vallisoletano:

(...) el señorito Lucas les dibujó con primor una H mayúscula en el encerado y, después de dar fuertes palmadas para recabar su atención e imponer silencio advirtió

mucho cuidado con esta letra; esta letra es un caso insólito, no tiene precedentes, amigos: ésta letra es muda

y a la pregunta ingénuamente lógica de Facundo *el Porquero* «¿para qué se pone entonces?», la contestación es: «cuestión de estética... únicamente para adornar las palabras, para evitar que la vocal que la sigue quede desamparada». El tono se endurece fingidamente al final del comentario: «pero eso sí, aquel que no acierte a colocarla en su sitio incurrirá en falta de lesa gramática» (*Los santos inocentes*, 36-37).

16. Los dos datos siguientes, perteneciendo a campos de orientación completamente dispares, demuestran de sobra que la *h* es considerada efectivamente como una de las trampas de la ortografía española. En un libro autobiográfico C. J. Cela alude así a algunos de los problemas que causa en un niño la lucha por la alfabetización:

(...) Manolito, que ya sabía leer y escribir, inventó un alfabeto sin haches, ni ges, ni uves (*La rosa*, 205).

faltase la letra en *mujer*, pero... «no hay que buscar en la mujer más que lo que yo busco, lo que se escribe con hache: la *hembra*» (pp. 1487 y 1488); los alimentos principales se escriben con hache: *harina*, *huevos* (p. 1487); los días de ayer y mañana no tienen importancia, pero importantísimo es el día de *hoy* (p. 1487), etc...

La nota tónica de los contrastes /valor ~ no-valor/ consiste, pues, en la (no-) presencia de la letra.

²⁶ En la misma misiva leemos *ombres*, *emos*, *hantes*, *hibade* (por *iba de*), *ace*, etc.

En la GLE se encuentra un «Catálogo de voces de escritura dudosa», en el que se dedica especial atención a siete letras, entre las que figura la *h*²⁷.

17. Digno de mención es la utilización particular de la *h* en *Rayuela*. En este libro el sistemático uso de la letra²⁸ se nos aparece como un elemento del humor «efectivista» de Cortázar. Las más de las veces la letra es empleada con intención de ironizar o caricaturizar²⁹. El capítulo 90 se basa entero en un juego en torno a la *h*, pero el procedimiento está presente en toda la obra (cf., por ejemplo, págs. 98, 247, 270, 340, 450, 463...). Hasta se suministran algunas reflexiones «teorizantes» y comentarios metafóricos, como cuando Horacio Oliveira habla de la «hache fatídica»³⁰ o donde el narrador observa que «(Oliveira) usaba las haches como otros la penicilina»³¹.

17bis. Ya entregado el manuscrito encontramos dos referencias a la *h* en las *Greguerías* de R. Gómez de la Serna (Madrid, Cátedra, 1979), págs. 160 y 178.

D. ¿Extranjerismo?

18. Es conocida la costumbre anglosajona de utilizar sólo las iniciales para referirse o dirigirse a personas (cf. JFK y LBJ, para nombrar a los ex-presidentes de Estados Unidos J. F. Kennedy y L. B. Johnson, JR, personaje famoso de la serie de TV *Dallas*, etc...). Este procedimiento (relacionado con los casos comentados *supra* en el apartado A), parece encontrar aceptación en el español de hoy.

Con JRJ se designa al Premio Nobel Juan Ramón Jiménez, CJC es transcripción sumaria de Camilo José Cela y el procedimiento adquiere particular relieve en un caso como el siguiente donde la sigla, en la que figura una hache, se *textualiza*, hasta tal punto que el autor cree que es deseable añadir una nota aclaratoria:

- Ahora, Johnny Halliday.
- Me muero por él.
- (...)

²⁷ GLE, p. 495 (se trata de las letras *b, g, h, k, v, x, z*). En el *Esbozo* ya no aparece esta lista.

²⁸ Hasta tal punto que K. Genover habla de *hachismo* (*Claves de una novelística existencial*, p. 79).

²⁹ Véase K. Genover, «Claves», especialmente pp. 66-67, 79 y 137.

Rayuela (como *Tiempo de silencio*, de L. Martín Santos) fue escrito con la finalidad de atacar, de destruir, toda clase de convencionalismos. Objeto de destrucción serían las palabras y finalmente el mismo lenguaje. El uso incongruente de la *h* es una de las armas utilizadas por el autor.

³⁰ (Cf. capítulo 78, p. 448), manteniendo el adjetivo mucho de su valor etimológico.

³¹ Capítulo 90, p. 473. El protagonista del juego se queda «hachizado» hasta tal punto que escribirá incluso su propio apellido con H: (Horacio) Holiveira (capítulo 84, p. 463) → «Nomen est... homin».

— Lo último de Jota Hache.
 Jota Hache era Johnny Halliday
 (F. Umbral, *Travesía de Madrid*, 137).

E. *Addendum*: la CH

19. La *h* es uno de los componentes de una letra peculiar del alfabeto español: la *ch*.

También este signo puede remitir a simbolismos a veces sorprendentes. R. J. Sender creía descubrir en la *ch* implicaciones eróticas así como una connotación afectiva positiva, como se desprende de estos dos ejemplos:

a) Sus pechos, simplemente. Dicho el nombre así, en plural, está dicho todo. En singular, no. El pecho es el que da la nodriza al bebé, y el que guarda el secreto y el que esconde el tesoro de la fidelidad. La *ch* con una *s*, antes o después, tiene mucho poder sugestivo y libidinoso (*Los niveles del existir*, en *Crónica del alba*, II, 343).

Si interpretamos bien el texto del autor aragonés, un factor acústico (la pronunciación de la *ch*) sugiere insinuaciones sexuales si se junta a un elemento *visual* (la *s*, cuya configuración posiblemente evoca en la mente del interesado o entendido las curvas del cuerpo femenino).

Notable —en el mismo orden de consideraciones— es la reacción de un estudiante mejicano que había asistido a una conferencia mía sobre el *machismo*³²: «*Chingar* es un verbo que en América sólo se pronuncia entre hombres» y, a continuación, «la *ch* tiene para nosotros un gran valor erótico y no es casualidad que figure la letra en palabras como *macho* y *machismo*» (*sic*)³³.

En el libro ya citado Sender subraya también el valor afectivo que según él puede representar la *ch*. Son significativos los elementos contextuales interpretativos:

b) Yo no entendía por qué no me había matado ya. No me mataba y además me llamaba *chavea*, que era un término casi amistoso. Muchacho, *chavea*, chico, todos los apelativos que tenían una *ch* eran amistosos. *Crónica II*, 446³⁴.

³² Leída en el «Cursillo de formación lingüística y pedagógica para profesores de español como idioma extranjero» (Universidad de Treveris, República Federal - julio de 1979).

³³ En otro orden de consideraciones el mismo estudiante observó que «en varios países de América (sin especificar) la letra no se llama *che*, sino *ce hache*».

³⁴ Observación más bien subjetiva y bastante arbitraria, por supuesto. También *chapucero*, *chiflado*, *chulo*... pueden emplearse como apelativos, sin hablar de los *chicharreros* de que tildan maliciosamente los habitantes de Gran Canaria a sus vecinos de Tenerife.

Addendum; el siguiente texto encontrado en J. Cortázar:

c) De tanta cháchara (qué letra, la ch, madre de la chancha, el chamamé y el chijete)... (*Rayuela*, p. 340).

CONCLUSION

22. Como hemos podido comentar en otro sitio³⁵, hay algunas letras de las cuales parece emanar un cierto prestigio³⁶ o incluso magia³⁷. Esta consideración explica por ejemplo el gran éxito que tiene actualmente la *k* en la lengua de la publicidad. En este campo la *b* no ha tenido la misma fortuna, probablemente porque resulta menos «extraña» al hispanohablante y sobre todo por falta de dimensión fonética³⁸. Sin embargo, la *b*, a pesar de singularizarse esencialmente por un rasgo negativo, puede desempeñar un papel considerable en la búsqueda de efectos especiales. Estos se basarán casi siempre en el impacto visual causado por una inesperada y sorprendente presencia. Así, no es lo mismo escribir *Elena* que *Helena* y hemos visto cómo la letra puede evocar un enfoque o actitud de circunspección, desconfianza o crítica hacia lo no-español (cf. *supra*, núms. 4 & 5).

Es evidente que los datos y *curiosa* precitados no infirman los comentarios recogidos en las gramáticas (cf. *supra*, núms. 1-2), pero quizá «ensanchan» algo la visión, ilustrando la polifacética expresividad y los posibles simbolismos de una partícula ínfima del arsenal de materiales lingüísticos que en castellano, como se ha dicho antes (núm. 3), en principio ni siquiera puede aspirar a fonema; mucho más importante que el valor pri-

³⁵ Cf. mi artículo mencionado en la nota 14.

³⁶ Un ejemplo extremado del (presunto o verdadero) prestigio de la *b* se encuentra en el juego imaginado por E. Jardiel Poncela en las últimas páginas de su novela *Amor se escribe sin hache* (cf. *supra*, núm. 13 y nota 25).

En el mismo orden de ideas se pueden mencionar los siguientes detalles:

a) en un programa de TVE titulado «con la H de humor», como en el título del libro de Jardiel, la independización de la *b* recalca la «potencia funcional» de la letra;

b) un colega de la Universidad de Emory (Georgia, EEUU), Ricardo Guti, me advirtió que en Chile hay dos vinos que se llaman respectivamente *Santa Elena* y *Santa Helena*, con el siguiente comentario: «uno es malísimo, otro —creo que el segundo— muy bueno». Informaciones solicitadas en la Embajada de Chile en Bruselas confirmaron la excelencia del vino cuyo nombre se escribe con H;

c) la profesora Epifanía Bonilla de la Universidad Católica de Ponce (Puerto Rico), al hablar de un amigo suyo, Henríquez, me señaló que originariamente dicho apellido se escribía sin hache. Y concluyó: «habrán puesto la H para añadir más prestigio».

³⁷ Algo de estas funciones metalingüísticas debían de sospechar los gramáticos latinos al distinguir en las letras varias propiedades: *nomen*, *figura*, *potestas*...

³⁸ La *b* constituye una de las rarísimas excepciones al principio del carácter esencialmente fonético de la ortografía española.

mario Ø de la *h* en su función secundaria, con un abanico de significaciones que varía de la sugestión a la crítica, sin olvidar que puede ser un peculiar ingrediente humorístico.

Por eso la contestación a la pregunta formulada en el título será matizada: la *h* tal vez aparece *a primera vista* como un «parent pauvre» —una «desheredada»— en cuanto es la única letra que pasa absolutamente desapercibida en la comunicación hablada y que no exige ninguna energía física al «pronunciarla», pero que contiene una potencial carga semiótica muy superior a la de la mayoría de los componentes del alfabeto español.

JACQUES DE BRUYNE

Universidad de Gante (Bélgica)

BIBLIOGRAFIA

- BELLO, A.: *Gramática*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1972.
- BRYCE ECHENIQUE, A.: *Tantas veces Pedro*, Barcelona, *Novela Cátedra*, 1981.
- CABRERA INFANTE, G.: *0*, Barcelona-Caracas-México, Ed. Seix Barral, 1978.
- CARABIAS, J.: *Esdrújulo*, en *Heraldo de Aragón*, I. IX. 1978, p. 22.
- CELA, C. J.: *La rosa*, Barcelona, Editorial Destino, 1979.
- *Los sueños vanos, los ángeles curiosos*, Barcelona, Ed. Argos Vergara, 1979.
- CORTÁZAR, J.: *Rayela*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 17.ª ed., 1974.
- COVARRUBIAS, S. de: *Tesoro de la lengua castellana o española*, Ed. de Martín de Riquer, Barcelona, S. A. Horta, 1943.
- DELIBES, M.: *Los santos inocentes*, Barcelona, Ed. Planeta, 1981.
- GENOVER, K.: *Claves de una novelística existencial (en «Rayuela» de Cortázar)*, Madrid, *Playor*, S. A., 1973.
- GOMEZ DE LA SERNA, R.: *Greguerías*, Ed. de R. Cardona, Madrid, Ed. Cátedra, 1979.
- GROSSO, A.: *Los invitados*, Barcelona, Ed. Planeta, 1978.
- IRIBARREN, J. M.: *El porqué de los dichos*, Madrid, *Aguilar*, 4.ª ed., 1974.
- JARDIEL PONCELA, E.: *Obras completas*, Barcelona, Ed. *Abr*, 5.ª ed., 1969.
- LAPESA, R.: «Kahlahtahyood». Madariaga ha puesto el dedo en la llaga», en *Revista de Occidente*, marzo de 1966, págs. 373-380.
- *Historia de la lengua española*, Madrid, Ed. Gredos, 8.ª ed., 1980.
- LEON, V.: *Diccionario de «argot» español*, Madrid, Alianza ed., 1980.
- LORENZO, E.: *El español de hoy, lengua en ebullición*, Madrid, Ed. Gredos, 2.ª ed., 1971.
- MADARIAGA, S. de: ¿Vamos a Kahlahtahyood?, en *Revista de Occidente*, marzo de 1966, págs. 365-373.
- NAVARRO TOMAS, T.: *Manual de pronunciación española*, Madrid, 8.ª ed., 1957.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, *Espasa Calpe*, XIXa ed., 1970.
- *Gramática de la lengua española*, Madrid, Nueva edición, reformada, de 1931, *Espasa Calpe*.
- *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*, Madrid, *Espasa Calpe*, 1973.
- SÁNCHEZ FERLOSIO, R.: *El Jarama*, Barcelona, Ed. Destino, 11.ª ed., 1971.
- SENDER, R. J.: *Crónica del alba*, Madrid, Alianza Ed., 1965-1966, 3 vol.
- UMBRAL, F.: *Travesía de Madrid*, Barcelona, Ed. Destino, 2.ª ed., 1974.
- *Las ninfas*, Barcelona, Ed. Destino, 1976.
- *Los masajes*, en *Heraldo de Aragón*, I. VII. 1977, p. 28.
- VAN DAM, C. F. A.: *Spaans Handwoordenboek, I, Spaans-Nederlands*, La Haya-Bruselas, Van Goor, 1969.